

# APOLO

AÑO IV

Número 26

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

--- DE PÉREZ Y CURIS ---



☞ MONTEVIDEO ☞

☞ ABRIL DE 1909 ☞

Si es usted forastero y no conoce  
la ciudad, no tiene que preguntar  
nada á nadie, todo se lo explicará  
: : : : LA GUIA : : : :

## QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, *Tranvías*,  
Mensajerías, etc. — *Plano completo*,  
*nomendator y descripción de la ciudad*  
**Montevideo en el bolsillo**

- - - ÚNICA EN SU GÉNERO - - -

## YA APARECIÓ

## Por los Jardines del Alma = = =

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Ríos

0.50 EL EJEMPLAR

## "GERMEN"

Revista de Sociología

Director: Alejandro Sux

En venta en la LIBRERIA MODERNA  
SARANDI, 240 MONTEVIDEO

# ❖ APOLO ❖

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA  
DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,  
LA ARGENTINA Y CHILE

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica . . . . .	\$	0.15	oro
» de lujo . . . . .	»	0.20	»



Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO ( URUGUAY ) —





Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Abril de 1909

N.º 26

## Homenaje al proletario

67.580

Dispuesto, muy tarde ya, á gozar de la paz del hogar, abandonando el pesado tragín cotidiano que llevara á su organismo el germen inevitable de la muerte, dejó de existir el 11 del mes pasado, frente al sol esplendoroso y á la naturaleza que le sonreía, el padre del director de esta REVISTA.

Para él también hay un recuerdo; una ofrenda al noble, al humilde proletario cuyas manos encallecidas no sufrirán ya el dolor de las rudas faenas; cuyos ojos, ora



JULIÁN PÉREZ Y RIAL

llenos de infinita mansedumbre, ora de indignación ó de tristeza, no recorrerán más estas páginas que eran su alegría y su orgullo

— por el esfuerzo de quien las sustenta — y cuya voz ya no modulará la elegía de los grandes infortunados y de los parias de la suerte.

«APOLO» publica hoy el retrato del extinto como un homenaje á la memoria del obre-

ro cuyos errores no han logrado empañar la lumbré de sus ideales de libertad y de sus sueños reivindicatorios.

LA REDACCIÓN.



## Hacia el ocaso

Es inútil que los apologistas del gobierno y la prensa asalariada se obstinen en pregonar los progresos del país bajo la administración del presidente Williman. Este ascendió al poder, no por el voto espontáneo del pueblo, sino por el voto impuesto por su predecesor; fué á él con un programa de proyecciones inmensas y de fórmulas salvadoras y quedó allí extático, estupefacto, deslumbrado ante la obra de su protector y reconociéndose ignaro en achaques de gobierno.

Pero tenía que regir los destinos de la nación, mal ó bien, y comenzó su política de retroceso, encaminando á aquélla hacia el ocaso de la bancarrota definitiva.

Para ciertos mandatarios, la apatía y el abandono absoluto son altísimas virtudes. He ahí por qué gobiernan automáticamente, como seres iletrados en quienes el instinto animal triunfa sobre todas las facultades del entendimiento, y pasan... pasan sin dejar ningún otro rastro que el de su inferioridad intelectual ó el de sus triunfos mujeriegos.

No es de ahora que el mal reina en nuestro país. Ha tiempo ya que el malestar cundió en él con tanta eficacia, que el éxodo de los trabajadores, siempre en aumento, lo convirtió muy pronto en un páramo maldito, en el cual es estéril el humano esfuerzo.

La campaña, despoblada por la falta de trabajo y por la poca seguridad de paz que ofrece el gobierno actual; las quiebras y los concordatos que á menudo

se suceden, y á los cuales están abocados los comerciantes del interior, á causa del mal de la emigración, repercuten en esta capital é impiden la realización de las operaciones de la Bolsa que es como el termómetro de la política y de la situación de un país.

Y, sin embargo, en los círculos allegados al gobierno y en los de la prensa servil, se habla, con increíble desparpajo, del superavit de las cajas del Estado, y se cita la presente administración como una rueda de progreso y bienestar generales.

El caso no necesita comentarios. Provocaría la risa si no causara indignación á las almas amantes de la verdad, á aquellas que están por encima de todas las comodidades que ofrece el presupuesto.

Los proletarios, cuyo único patrimonio es el jornal reducido, desconcertados ante la crisis que amenaza paralizarlo todo, no trepidan en abandonar el país, buscando en otro, lo que éste les ha negado por boca de su inhábil representante.

¿Dónde está el progreso, pues? —En la mitología... ó en la mente de los eternos presupuestvoros.

Ya es hora de que la prensa independiente, hable bien alto, y diga á todos los vientos, de la desolación que sobrevendrá mañana.

¿Por qué engañarse á sí mismo si el pueblo no calla sus miserias ni ignora la bancarrota del país puesto que harto conoce la ineptitud de quien lo guía?

Y, ¿cómo evitar, por otra parte



los efectos desastrosos que tal ineptitud ocasiona principalmente á la clase proletaria que es la que más sufre en la hora aciaga de la derrota?

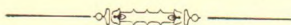
El actual gobernante se ha manifestado, en los hechos sobre todo, enemigo recalcitrante de la falange obrera. Testimonio: las frecuentes prisiones y los desmanes cometidos, al comenzar su ejercicio, contra pacíficos obreros que habíanse congregado en un centro social para protestar contra los atropellos de la policía.

El deber de un magistrado es

captarse las simpatías de todo el pueblo, sin distinción de clases ni partidos y coadyuvar á su engrandecimiento, no permitiendo que se le veje y explote miserablemente. El presidente Williman se ha colocado en los antípodas del verdadero magistrado y allí está rodeado de sus apóstoles: los apóstoles del ocio.

Y, en tanto que las clases pobres se anegan en la miseria, aquéllos presentan un proyecto de pensión á un ex-presidente que condujo el país al abismo del dolor.

PÉREZ Y CURIS.



## Por el huerto amigo

Para ABOLO.

Para Vicente Medina.

Tiempo hacía que no iba por aquellos lugares. Después de una larga estadía en ellos, á raíz de un duelo de familia, después de una larga estadía de la que regresé á la ciudad en pleno invierno, no había vuelto por allá. El último recuerdo que de aquello conservaba era demasiado melancólico. Había encontrado á mi vuelta á la ciudad un ambiente más propicio para amortiguar mis tristezas y aunque no me lo hube confesado abiertamente, tácitamente temía que mi visita abriera de nuevo en mí las heridas que el tiempo se había encargado de cicatrizar. Sin embargo, mi falta de consecuencia con la vieja quinta de mis abuelos, me aguijoneaba en la conciencia como un delito de ingratitud. Pensé, para resolver mi visita que con ella pudiera resultar lo que con aquellos amigos que en un momento de intimidad con amargas confidencias le dejan á uno el espíritu envenenado de dolor, pero que al encontrarlos más tarde bajo la presión de otras circunstancias, borran aquel precedente de honda tristeza rectificando que las amarguras son también efímeras porque son de la vida, y hacia ella me fui.

La casa solariega no había cambiado en nada. Era en su caducidad, siempre la misma semi-ruina de la que por tanto tiempo fui su buho soñador.

Como una buena abuela que guardara para amabilizar sus chochees los juguetes y los garabatos de su nieto, á ella la encontré llena de mí: libros de mi infancia, borradores de mis primitivos ensayos,



dibujos míos en sus paredes y acá y acullá cosas colocadas en otra época, con afán decorativo, por mí mismo; cosas que nadie había osado tocar en el mucho tiempo transcurrido desde aquel entonces y que ella ostentaba con cierta coquetería, que aunque ya marchita, me supo al reproche de toda una consecuencia afectiva no correspondida. Todo en ella hablando de mi pasado en ella vivido.

Después de un rápido paseo por la amplia casa bajé al huerto. En aquel momento sentía ansia de volverlo á ver. Una fructiva emoción me invadió mientras fui penetrando en él. De todas partes surgían formando dulce coro, voces amigas que hablaban de cosas queridas. Las hojas de los árboles escintilando al contacto de la brisa bajo la esplendidez de un pleno sol de estío, tenían toda la elocuencia de un saludo entusiasta; las flores en su colorido exuberante propio de la flora de la estación, despertaban mil asociaciones gratas á mi espíritu; los pájaros parecían que habían estado guardando en mi espera aquellos mismos trinos del ayer lejano para alegrarme; aquella epifanía y los frutos mórbidos se ostentaban como una espontánea oblación de aquellos árboles tan unidos á mi pasado que me hablaban con acentos fraternales. Debo de confesarlo, me sentí avergonzado ante aquella inmerecida recepción porque me consideraba el amigo pródigo de aquel hermoso y familiar jardín,

Por todas partes surgiendo mis recuerdos y envolviéndolo todo, como las lianas que se extendían desde la floresta hasta los cuadros de las hortalizas, ya rastreando, ya trepando á los arbutos ó ya cayendo de ellos en cimbreadas cascadas.

¡Cuántas evocaciones intensas y queridas!... ¿Y cómo no ser así si en aquella heredad he pasado casi un tercio de mi vida, si á ella fui, cierto día de mi adolescencia, con el alma en noche, herido el cuerpo casi de muerte y tras el curso de muchos días sombríos matizados de muchas esperanzas, á la par de las corolas que allí se desplegaban triunfantes, fueron abriéndose flores luminosas en mi espíritu y mi físico, nutrido de una nueva y sana savia, surgió de nuevo vigoroso á la vida cuando también aquella su vegetación se hacía pomposa como un canto á la primavera.

Al llegar á una enrucijada de senderos busqué el viejo banco de rústico pino que estuviera junto al lago y al que en mis horas más ingenuas de lirismo para mí solo llamaba «*banco de mis sueños*» ¡oh amarga decepción! El banco no existía ya, ni tampoco el antiguo sauce que lo doselaba y que por tantas horas protegió, como una mística ala, la inspiración de mis primeros cantos y tantas veces mezcló sus gemidos casi humanos con la recitación de mis primeras tristes estrofas líricas. En los canteros de su torno, donde yo mismo ejercí de labriego para formar un pequeño jardín de plantas escogidas, no había más que matas silvestres que lo habían ahogado todo. En el cuadro de mis rosales favoritos sólo un rosal se conservaba apenas reverdecido, triste, como un Jeremías sobre su ciudad en ruínas. Más allá, junto al cerco vecino, había flores pero eran de unas matas nuevas. Aquellas flores eran ajenas á mí, tan ajenas que abrían sus corolas como pupilas abiertas, extrañadas de mi presencia. Y entonces pregunté: ¿qué se han hecho mis plantas amigas, aquellas que retribuían cada uno de mis cuidados con una



flor para el jarrón de mi mesa de trabajo, para decorar la sencillez de mi alcoba en la vieja casa, para embalsamar mis sueños ó para sahumar mis versos?

De aquel conjunto querido y desaparecido, donde la vida me hizo las primeras hondas reflexiones, donde, bajo la presión de una amargura agonicé tantas veces y tantas veces reviví al calor de una nueva quimera, donde las mañanas me dijeron todas sus alegrías donde las tardes me entregaron sus mas íntimas confidencias, donde las noches sombrías me contaron todos sus horrores y las lunares todos sus ensueños, no existía más que el lago tranquilo, sombrío, rebosante, como si las almas de todas aquellas cosas que murieron hubieran depositado en él, para que yo las contemplara á mi vuelta, las lágrimas que vertieran en sus tristes despedidas. Y al sentir la aguda nostalgia de todo aquello que me fué tan amado, amargamente me pregunté como en la estrofa de mi adolescencia:

« ¿Por qué pasan los sueños en el hombre? »

« ¿Por qué mueren las cosas en la vida? »

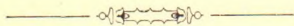
. . . . .

El silencio eglógico que favorecía mi profunda meditación de aquel momento fué interrumpido por la voz escandalosa de la campana de un eléctrico que cruzaba los campos. Y ¿por qué no decirlo? qué retrógado en aquel entonces. Me sentí indignado contra la civilización que profanaba aquel huerto que hubiera yo deseado fuera eternamente un *hortus conclusus* al que yo solo tuviera derecho de acceso. Me pareció que aquella voz era sacrilega mezclándose á las voces tan íntimas y tan dulces con que me hablaba aquel jardín. Creí que aquel tren arrollaba en su marcha cosas que me eran muy queridas y sentí entonces levantarse en mí un grito de protesta. Pero otro grito lo ahogó de inmediato haciéndome ver que había igualmente en mi espíritu flores nuevas y nuevas voces que se desplegaban lozanas y vibraban sonoras. Eran las flores y las voces de los nuevos ideales que se ostentaban reinantes como aquellas noveles corolas y triunfantes como aquel heraldo de la civilización.

Sin embargo, cuando abandonaba el huerto, en llegando al fin de la avenida central me detuve para contemplarlo. Me sentí angustiado. Por primera vez comprendí que ya empezaba á vivir del recuerdo.

ILLA MORENO.

Montevideo.



## Un alma

Para APOLLO.

Bajo los grandes cielos  
Afelpados de sombras ó dorados soles  
Arropada en el manto  
Pálido y torrencial de mi melancolía,  
Con una astral indiferencia miro  
Pasar las intemperies...

Ceños  
De los reconcentrados horizontes;  
Aletazos de fuego del relámpago;  
Deshielos de las nubes;  
Fantásticos tropeles  
Desmelenados de los huracanes;  
Pórticos esmaltados de los iris,  
Abiertos á las fúlgidas bonanzas:  
Pasad!... Yo miro indiferente y fija,  
Indiferente y fija como un astro!

DELMIRA, AGUSTINI.

---

## De la revista "Némesis"

Aceptar el despotismo, porque se vive de él, puede ser una razón, pero, no es una virtud. Eso, es levantar el Instinto, á la altura de un principio, y, hacer del vientre un postulado.

La insolencia del esclavo, no lo redime de su oprobio, y no hace sino añadir otro vicio á su bajeza. La librea no aumenta la talla del lacayo. Llevarla con insolencia, no redime de la servidumbre y, sólo hace más vil al servidor.

¿No veis el orgullo de ciertos esclavos, recientemente vendidos al Poder, y, que porque hunden sus pies en un estercolero, creen que un pedestal se levanta bajo sus plantas?

Poner el amor de la patria, por sobre el amor de la libertad, es el sofisma de aquellos que piensan aún en el decoro antes de aceptar el despotismo y, buscan alguna disculpa á su estéril abdicación.

*Pargastila*



## De la novela "Zarza Florida"

### CAPÍTULO VII

Dyonisos presentía que algo nuevo iba á florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima á rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, á los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del Mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave á la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia á todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin á tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! todo cuanto me rodea me

recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Corataba las cañas más bellas, y combinándolas sábiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento á los altos cañaverales arruinados.

De noche estudiaba el curso de los astros prefiriendosiempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice ó los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, á la entrada de un



bosque de mirtos, volvió á aparecersele.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo é intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, á cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban á los hombres y los dioses violaban á las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos, que, semejantes á la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se ofreció desnuda bajo la alucinante fosforecencia lunar.

El, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, la acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto dia-

bólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Laís.

La perseguía constantemente, rozándole á veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole á orillas del camino, á la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

El, aterrorizado huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

FRANCISCO VILLAESPEA.





# LA AURORA

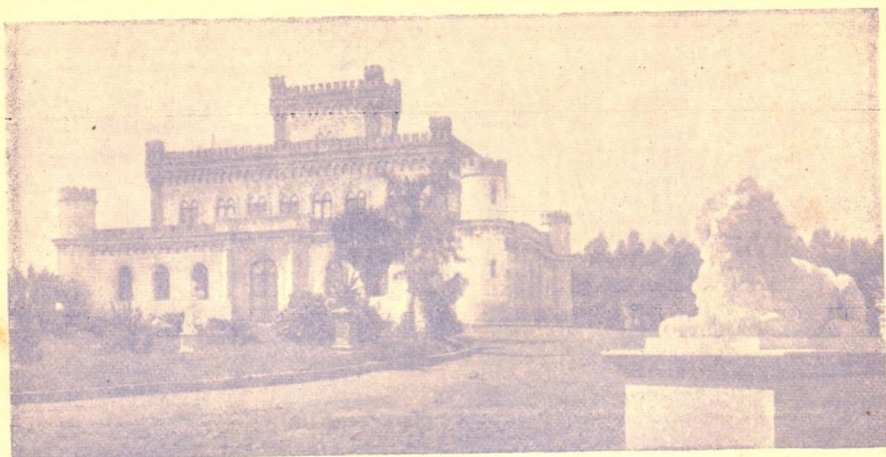
Como hoy, la aurora visitaba el nido  
Que hiciera con mi amor otro amor santo.  
Donde haciendo llorar supe del llanto,  
Y supe del querer por ser querido.

Como hoy llegaba, sin hacer ruido,  
Leve esparcía sobre el lecho el manto  
De claridad; nos despertaba, y, cuánto  
Sabíamos de amor en aquel nido!

¿Por qué has venido hoy con tu alegría?  
¡Para darme tristeza, aurora mía!  
¿No ves que pálido es mi rostro, ahora?

Y, si sabes que el nido está muy triste,  
Que la amada se fué, que ya no existe,  
¿Para qué me visitas, buena aurora?

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



VISTA DE PIRIÁPOLIS

---

## Balada del paisaje sombrío

---

Del libro "Alma de Idilio", próximo á aparecer

---

Atrás quedaba el paisaje  
Todo inundado de sombra . . .

El tren seguía avanzando  
Por la senda silenciosa,  
Bajo una gasa de niebla  
Ligera como una cofia.  
Súbito — atronando el valle  
Con sus rugidos el Bóreas —  
El agua del encespado  
Mar cubrió todas las rocas  
Erguidas allá entre el musgo  
Malaquita de la costa :  
Cruzaron el horizonte

Las intrépidas gaviotas ;  
Las nubes y las tinieblas  
Fingieron sinas caóticas  
Y la lluvia en la avenida  
Cayó sobre un lecho de hojas.

Atrás quedaba el paisaje  
Todo inundado de sombra . . .

A través de los cristales  
Mirábamos las remotas,  
Adiáfanas lejanías  
De la tarde. Melancólicas  
Visiones de otros inviernos



En otra vía hiperbórea  
Se erguían en nuestro espíritu,  
Frias, endebles y torvas,  
Rememorando la génesis  
De nuestras angustias todas.

¿No viste cómo los sauces  
En la ribera tortuosa  
Desmayaban tristemente  
Bajo la lluvia sonora,  
Mientras modulaba el río  
La elegía de las hojas  
Y en los árboles desnudos  
Se adivinaba la poda?

¿Tú ignoras de aquella tarde,  
La sugestión voluptuosa!

Aquella tarde sombría  
Como faz de Dolorosa  
Mi labio inerte se hubiera

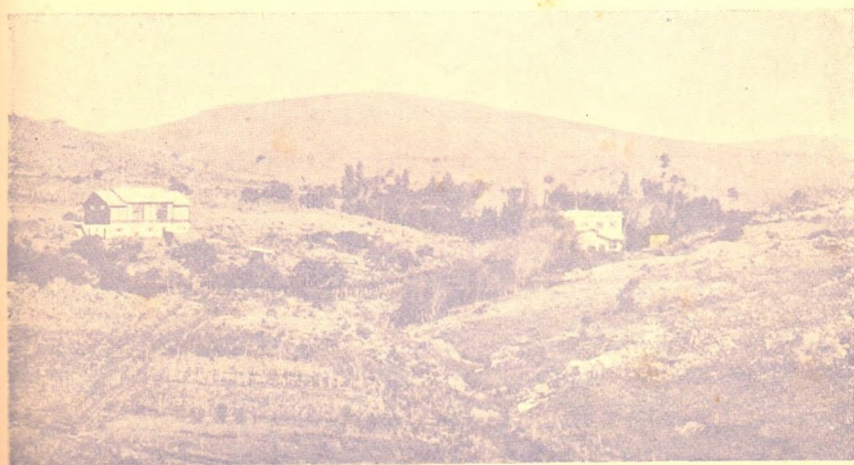
Estremecido en tu boca,  
Ante la desolación  
De las gloriets que lloran  
Cuando en su seno, ateridas,  
Se refugian las palomas.

Yo adoro en las tardes grises  
La comunión de tu boca.

.....

Cesó como á algún conjuro  
La tempestad, y en la onda  
Del iris, tembló un reflejo  
Sutilísimo de aurora.  
Volvió el tren. Luego, la tarde  
Dijo su postrer salmodia,  
Y atrás quedôse el paisaje  
Todo inundado de sombra . . .

PÉREZ Y CURIS.



ESTABLECIMIENTO DE AGUA SALUS

## Oración á la palmera

¡Árbol del sol! ¡Árbol de Oriente!  
¡Espíritu de árbol! ¡Penacho de vec-  
dor! ¡Amigo del desierto! ¡Guía del ca-  
minante! Bendito seas, y benditos los  
pueblos que amparas con tu sombra.

Déjame contemplarte en la llanura, allá  
en el fondo cerca de las rosadas nubes  
que se deslizan sobre tu copa, é ir hacia tí.  
Déjame reposar á tu sombra.

Tú eres el único árbol que ama, sin que  
la impureza de los labios manche el ver-  
dor de tus ojos. Tú cavías los besos en  
palen, y tu amor, como las canciones, las  
lleva el aire cupidinesco. Tú amas velan-  
do como los ángeles. Tú te fecundas en  
las nubes, en el viento, en todo cuanto  
hay de más puro en la tierra, y por eso  
es tu fruto de oro, y es dulce, y es lige-  
ro y ería en cima de gloria.

Tú, palmera, nunca miras hacia abajo  
y á la tierra: siempre va alto tu mirar.  
Desovillándote como las flores, te vas  
costrenzando y subiendo como un minare.

te, siempre con la mirada abierta á la  
azulina bóveda del cielo, ó á las irisacio-  
nes brillantes de la llanura.

Tú, palmera, eres la amiga de los pro-  
fetas; como ellos te elevas solemnemente  
y contemplas la planicie hasta el fondo,  
y como ellos presientes lo porvenir adivi-  
nando las tristezas que la humanidad pre-  
para, y vas apuntando las centurias en el  
rosario de tu tronco, como el reloj de los  
bosques. Tú te apiadas de los sufrimien-  
tos de los hombres tejiendo las palmas  
de los mártires! Tú eres la adorada de  
los artistas que esperan ser coronados por  
tí y como ellos buscas la belleza! Tú eres  
la palma de la victoria, la hija querida  
del sol, y eres un suspiro y eres un sím-  
bolo, y allí donde encuentras la luz, allí  
tienes la patria.

Guitemos al árbol sagrado! Tengamos  
la claridad por patria, el azul por dosel,  
y apuntando al sufrir de los años, mire-  
mos á lo alto: como ella!

SANTIAGO RUSIÑOL.



## Rimas frágiles

Para Apolo.

¡Vamos juntos recitando versos  
¡vocando visiones inefables...

— Yo miraba tus tersos  
cabellos adorables.

Al nombrar tus poetas, dulcemente  
¡hacías ¡ con algo de tu pena.

— Yo miraba tu frente  
luminosa ¡ serena.

Tus palabras sabían de conjuros  
¡ encantaban. Qué dulces ¡ qué bellas!

— En tus ojos oscuros  
ardían dos estrellas.

Y luego á media voz y temblorosa  
versos de amor. He ya de unión dijiste...

Y, te ví muy hermosa  
¡, Dios santo! muy triste!

II

Ansías sorprenderte en mi retiro  
¡ fuistes á él. En un rincón oscuro  
floraban mis quimeras. Inseguro  
se hizo tu paso entonces ¡ un suspiro

se escapó de tu pecho...

No creías  
que hubiera soledades tan inmensas  
cuando á veces charlando te reías  
diciéndome: qué tienes? en qué piensas?

Pero desde esa tarde ya te veo  
de otra manera. No eres ya la misma.  
Y te sigue turbado mi deseo  
¡ quiero preguntarte qué te abisma...

JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS.

Santiago de Chile.



## El diamante de mi anillo

Para APOLO.

Es extraño, la piedra brilla hoy con un resplandor de sangre, de tal modo intenso que parece una brasa.

No es un reflejo rojo, uno de los tantos reflejos multicolores que tienen los brillantes y que se desvanecen para formarse de nuevo al menor movimiento del dedo que los ostenta. Todo él es intensamente rojo, y en vano nuevo la mano en un sentido y en otro, que ningún nuevo color aparece en su habitualmente tan variado iris.

Vagamente pensativa me pregunto el por qué del extraño fenómeno buscando en los fuegos sombríos de la tarde muriente una aplicación más ó menos plausible. Dígame que se trata de un simple juego de luz, que mi diamante no puede haberse convertido en rubí por arte de magia, pero es en vano, por que, como esta joya, ha tenido siempre para mí un valor de misterio ¿cómo evitar que lo misterioso obsesione mi alma?

La joya es hermosa, labrada de un modo singular, en un estilo imposible de precisar, pues nunca he visto nada semejante, ni en las imágenes de las viejas joyas más célebres, ni en la infinita variedad del arte moderno. A su rareza se une para mí, la circunstancia en que la adquirí. Un amigo á quien mucho estimo me la ofreció de vuelta de un largo y azaroso viaje advirtiéndome que la joya tenía una historia y prometiendo contármela. Al día siguiente mi amigo desapareció de un modo

misterioso sin que nunca nadie haya sabido de él. Yo quedé con el dolor de haberlo perdido y la punzante curiosidad de saber la misteriosa historia de mi anillo.

La tarde muere completamente, los celajes rojos han desaparecido y la piedra continúa empeñada en disfrazarse de rubí, como para burlar mis pretensiones de explicar su secreto. A medida que la luz se extingue, brilla con más intensidad; es un foco ardiente que lanza rayos.

Pensativa, sigo con los ojos uno de ellos, es un río de sangre luminosa que se dilata extraordinariamente como en un sueño y va á desaguar en un vasto resplandor vaporoso.

Algo se agita allí, no puedo dudarlo, es una figura humana.

¿La sombra de mi amigo?...

No... Vuélvese en este instante, no reconozco esa cara: ¿quién es? De nuevo inclina la cabeza atento á algún objeto muy pequeño que no puedo percibir. La luz roja del diamante se hace más intensa ¿estoy soñando?... No, estoy despierta. Aquel hombre no parece preocuparse de mí, viste de un modo raro y á su alrededor brillan mil pequeños objetos que cada vez percibo con más claridad. Parece que hubieran introducido dentro de mi habitación y junto á mi ventana abierta sobre el jardín, ya completamente oscuro, un pequeño bazar luminoso; ¿qué quiere aquel hombre? ¿qué hace en mi casa?... estoy



por preguntárselo pero no puedo moverme y siento dolorosamente en mis sienes que su cabeza melancólica piensa en la mía. No puedo explicar el misterio pero es así.

¡Cuánto secreto penoso! Fatigada de buscar su clave, pierdo la rigidez del que investiga y me abandono á ellos, resuelta á dejar pensar dentro de mi cerebro á aquel otro cerebro, como si tuviera un cáncer doloroso en mi pensamiento.

Porque aquel hombre sufre, sufre el augusto dolor del alumbamiento de la idea. Sufre el dolor de los que tienen dentro de sí un ideal que no pueden exteriorizar.

Muchas joyas han labrado sus hábiles manos, joyas que han ido á reposar en las blancas gargantas de las princesas y en las cabezas de las reinas; otras muchas estan allí á su alrededor, elegantes, puras en la línea, vivas en la expresión. Yo las veo extasiada.

Es increíble que con unas cuantas piedras y un pobre trozo de oro muerto ó plata vieja, puedan hacerse tantas maravillas.

Son flores que parecen respirar, son gotas de rocío de una transparencia que Dios envidiaría para las suyas, son hojas de una gracia suprema, son perfiles inimitables, son las volutas movibles de una cabellera, son serpientes que completan su misterio simbólico en la luz vaga de las esmeraldas, son mil líneas armoniosas que cantan la belleza suprema de la forma, junto á la mística palidez de los ópalos. Y todo ello realzado por el brillo estelar de los diamantes, por los zafiros tristes, por los topacios solares, por las amatistas, mora-

das como carnes que sufren, por el iris de la nácar y la candidez de las perlas. Y luego, como una corte que se oprime y se empuja por rivalizar en encantos, los variados berilos, las rojas cornalinas, el sardónix y el jacinto, los corales sanguíneos, granates, rosados, verdosos, negros, grisáceos, parduzcos, blancos, toda la gama coqueta de los jardines desconocidos que florecen allá lejos, bajo las aguas azules del océano. ¡Oh, qué maravilla!

Tiendo las manos y de nuevo me clava en mi sillón un dolor agudo, el dolor de la idea de aquel hombre que piensa en mi frente...

El artista no está contento...

¿Qué es todo aquel conjunto maravilloso junto á su ideal? ¿De qué le sirve tener ante los ojos la visión nítida de la Belleza si sus manos han de manejar irremediablemente la materia pesada.

¿Qué son el oro y la plata y los brillantes, qué es la frágil delicadeza del esmalte, junto á la luminosa transparencia del ideal soñado?

Su cincel ha creado obras de sorprendente magia, pero su imaginación las ha creado más sorprendentes todavía...

Es en vano. Nunca, nunca, la torpe arcilla de las manos será capaz de realizar completa la idealidad del genio inspirado. La obra de esos instrumentos materiales se resentirá siempre de su materialidad, será siempre imperfecta.

El artista lo sabe. Pero esa amiga del corazón que es la Esperanza, se burla del saber y del razonamiento y le murmura al oído: Llegarás. Y las manos vuelven á la obra imposible, constantes y ansiosas.



Pero en este día, el artista comprende más que nunca esa triste verdad: que jamás, jamás, la materia realizará lo inmaterial.

Y yo resiento entonces en la cabeza de ese hombre que sufre en la mía, el dolor más cruel de todos los dolores humanos, que es el supremo dolor de la impotencia.

Con gesto desesperado arroja violentamente el cincel que al caer hiere su brazo. Una gota de sangre brota silenciosa... Una sola gota, cae sobre la mesa de trabajo sin que el artista absorto le conceda una mirada.

Una sola gota, escintilante, más bella que todos los rubíes del orbe, rueda lentamente y va á detenerse junto al aro labrado de un anillo.

En aquel momento aparece en la nube rojiza una nueva figura que llama mi atención hacia ella. Forma vaga de lirio transparente, una niña, una mujer, casi, vestida — como el hombre — de un modo raro é impreciso.

La forma pura, iluminada por la luz interior del alma: la Belleza.

Una sola palabra de amor: padre!

El artista queda extático mirándola. Algo raro pasa en su alma.

El dolor se esfuma ante una serenidad inefable. Una onda de felicidad lo envuelve...

El ideal... el ideal entrevisto... el ideal buscado con esfuerzo infatigable... el sueño... el sueño nunca alcanzado... lo impalpable de la fantasía que no quiere tomar cuerpo en la realidad... el ideal que al encarnarse adquiere siempre imperfecciones dolorosas... está allí, delante de él, vivo, perfecto, admirable!

Su obra, la única obra verdaderamente *suya*, porque es hija de su amor, de su corazón, de su cuerpo, de su cerebro, vibrando al unísono en una suprema armonía!

¡La belleza, la verdadera belleza, que es forma, que es movimiento y que es alma! ¡La belleza que vive, que siente, que piensa!

¡La belleza fugitiva, mortal, perecedora, que es la que más sentimos, la que más nos conmueve, porque es tanto más seductora y hechicera cuanto más conscientes somos de su fragilidad, cuanto mejor nos convence de que es un rayo de luz que pasa para perderse en el infinito!

La inmortalidad es de los dioses y cuando el hombre pretende conquistarla para sus obras, compra — al precio del movimiento y de la vida, empleando la materia inerte — una parodia de inmortalidad, pues que esa misma materia inmóvil, es deleznable y perecedera.

Una lágrima de felicidad rueda desde los ojos iluminados del hombre hombre-artista que ha comprendido. Una lágrima clara é irisada, más bella que todas los diamantes del orbe... hasta confundirse con la gota de sangre.

La niña deja escapar una exclamación de sorpresa, y el orfebre, siguiendo la dirección de su mirada, va á coger sobre la mesa de labor, el aro cincelado del anillo, en el cual se ha engarzado la piedra más maravillosa, una piedra hecha como de dolor y de alegría.

El también la contempla sorprendido. Algo le dice que no hay otra igual ni en las más honradas cavernas de la tierra.

¿Qué darán por ese anillo los reyes más poderosos? Es la fortuna, es el lujo, es el homenaje social, la ostentación... el artista sonríe con desprecio á esas ideas, y tomando entre las suyas la mano lilial de su hija, coloca en ella la joya preciada. La niña ríe con infantil felicidad.

...Yo también he de sufrir y contemplo con íntima alegría esos seres, cuyas extrañas vestiduras me dicen que esta escena tiene lugar hace muchísimos años, en un lugar muy lejano de la tierra que nunca he visto ni nunca veré, en un pueblo que me es desconocido, pero con el cual mis pobres nervios tensos y

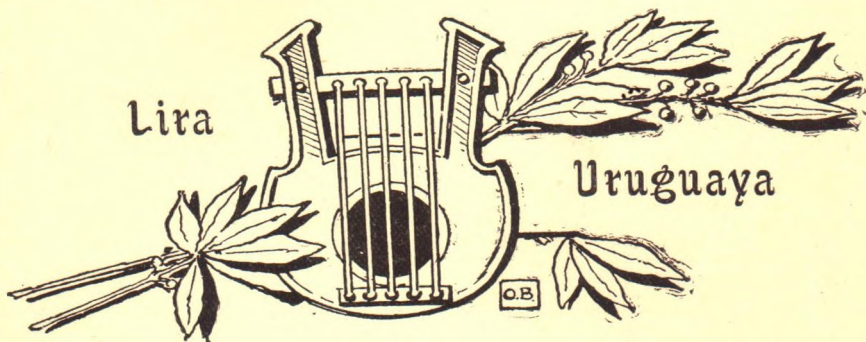
dolorosos han tenido en el Tiempo alguna relación secreta.

Alguien trae una luz en mi habitación oscura. Salgo de la realidad y entro en el sueño monótono de la vida diaria.

La nube roja y sus habitantes han desaparecido, sólo veo en mi mano el aro cincelado por el orfebre antiguo, en cuyo engarce brilla como una lágrima, un diamante transparente con reflejos dolorosamente rojos.

¿Cómo habrá obtenido esa joya antigua mi pobre amigo muerto, ese que un día prometió contarme esta historia?...

CLADYS ELIS.



### De invierno

Para APOLO.

Es una desdichada criatura  
que llora en vano su virtud perdida,  
y que lleva en los ojos la amargura  
que causan las derrotas de la vida.

Su boca macilenta y contraída  
en un gesto implorante de ternura,  
vá sorbiendo una lágrima vertida  
al conjuro del mal que la tortura.

Tiene un niño en la falda que, sonriendo,  
la mira con insólita fijeza.

Cae la tarde. La luz está muriendo;  
y al inclinar, vencida, la cabeza,  
el sol de su esperanza se va hundiendo  
en el ocaso gris de su tristeza.

JOSÉ VIAÑA.



## Mujeres

En el Círculo de San Luis hablan de la mujer. Y no de la mujer actual, casadera y con dote, como podría suponerse, sino de la mujer al través de la Historia, combatiente en sangrientas luchas, maestra en las artes de la política, curtida en todo linaje de intrigas palaciegas.

Un general ilustre, que á la vez es escritor—demostración viva de que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza,—cantó á la mujer fuerte, á la moza de arrestos, fruto maduro y sano de la llanura castellana, del terruño aragonés, del vergel andaluz y del huerto levantino.

Evocó el cuadro de nuestra lucha de independencia, y de su fondo de sombras destacó en pincelada de luz, amplia y vigorosa, el arrojó de las hembras de Gerona y Cádiz, el heroísmo femenino, que en Zaragoza tuvo nombre y se llamó Agustina.

Otro escritor, que no es soldado, habló de la mujer en tiempos de paz, de la influencia que con los ardides de su entendimiento y con las astucias de su ingenio logró ejercer en la política de los Estados. En el curso de su conferencia, y, sin duda para edificación de los jóvenes congregantes, citó nombres é historias de favoritas de reyes. Acaso pretendió advertir á los que gustan de encaramarse y trepar por árboles genealógicos, que no es difícil hallar la rama podrida, ó que el tronco mismo, falto de robustez y savia, dé en tierra con su florida pompa. Tal vez quiso demostrar que no todas las noblezas se adquirieron en lid reñida, y que muchas de las flores que en campos de zafir ó de gules lucen la lozania de sus pétalos, fueron prendidas por la galantería de un monarca en el pecho de damas complacientes.

Cantada la hembra fuerte y la mujer hábil, pregonadas las virtudes y excelencias de su espíritu, y encarecidas las artes y sutilezas de su ingenio, es de esperar que una voz se alce para encomiar las gracias, los encantos y los hechizos de su cuerpo, armas que le dan indudable triunfo en la lucha de la vida.

Esto seguramente contentaría á los devotos y jóvenes congregantes.

En la edad juvenil, nada dice el tipo de la mujer fuerte, con fuego de ira en los ojos, que debiera encender la llama del amor; con odio en los labios, que debieran brindar dulzura; con muerte en los brazos, que debieran ofrecer caricias. Esa imagen no podrá desalojar del pensamien-

to á la que se concibe en el brioso amanecer de los sentidos, cuando con nuevas sensaciones alborcean nuevos sentimientos: prontos á acariciar los brazos, prometiendo los ojos un amor que pide con la boca.

Las almas mozas sueñan con mujeres débiles, para que al amor se rindan; sólo fuertes para que resistan al hastío del goce; en cerebro joven todo ideal encarna, adquiriendo lineamiento y contornos de mujer. Como mujeres nos representamos á la Gloria y á la Verdad; aquélla más deseable, porque no prodiga sus caricias; ésta doblemente hermosa, por ser doncella y estar desnuda.

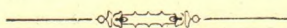
Dentro de las mujeres de la Biblia, que indudablemente conocerán á la perfección los congregantes, ¿serán sus tipos predilectos la mujer que desde la torre de Thebes arrojó la piedra que destrozara el cráneo de Abimelech; Judit, tajando el cuello de Holofernes, ó Jael, taladrando las sienes de Sisara? No; será la Sulamita, la gentil pastora del cantar de Salomón, que pide para su desfallecimiento amoroso sostén de flores, que enamorada salta del lecho y la ciudad recorre y á los centinelas pregunta: ¿Visteis por ventura al que ama mi alma? Será Rut, la espigadora sencilla, que enamora al labrador rico con amor que trasciende á sana fragancia de campo fértil; será María Magdalena, la mujer admirable, pecadora por el amor de los hombres, santa por el amor á Cristo.

Harto sé que ninguna voz hablará en este sentido. Los místicos de todas las edades, aquellos que como el dulce Granada, encendidos de espirituales ardores, labraban en talla primorosa el idioma castellano, y éstos que en el día encubren con lenguaje plebeyo, carencia de fe, todos consideran que es la mujer temible instrumento de pecado; aseguran que la gracia, el donaire y el primor del cuerpo son cebo infernal y traza engañosa del demonio.

Ahora, como antes, se dice que la forma bella es envoltura de espíritus llenos de fealdad, de vicio y de impureza. Y si esto es así, si es cierto que en la otra vida rehuiremos el trato de las almas impuras, ¿no es justo que en esta existencia miserable adoremos el hermoso barro que las contiene?

El cuerpo es tierra; y pues que abandonado del alma á la tierra vuelve, démosle en la vida terrena el culto que merece.

ENRIQUE DE MESA.



## Otoñal

Para APOLO.

Hélas!... ces temps là sont finis  
Et les oiseaux d'antan ne sont plus dans leurs nids.

*Jean Richepin.*

Ya no estaremos juntos — en los claros de luna —  
Ante el mar que compuso — sidéreas melodías —  
Ni aspiraré el perfume — de tu cabeza bruna —  
Que apagaba los llantos — de mis melancolías —  
Ya no habrá más delirios — fundidos en miradas —  
Repitiendo gorjeos — de ardientes ruiseñores —  
Como hoy no hay en Provenza — las justas celebradas —  
Bajo el buen rey Renato — entre los trovadores —  
Ya no habrá más murmullos — en tus manos ducales —  
De besos ardorosos — con lágrimas regados —  
Cuya estela era un vuelo — de comunes ideales —  
Ofrenda á corazones — de hermanos ignorados —  
Ni las cítaras de oro — de tu voz armoniosa —  
Semejarán un canto — de invisibles sirenas. —  
Pues nuestro idilio es algo — como marchita rosa —  
Envuelta en el rocío — de opalescentes penas...

Niza — 1907.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.



## Rimas tiernas

(ARMAND SILVESTRE)

*Para Tomás O'Connor d'Arlach.*

*Especial para APOLO.*

Dices que se parecen nuestros ojos  
Porque es uno el matiz que los colora;  
Del Sol poniente á los celajes rojos  
Se parecen también los de la Aurora.

Y aunque en vago crepúsculo inflamada  
La misma llama para entrambos arde,  
En tus ojos se ve cual la alborada;  
En los míos tan sólo cual la tarde.

Y á su trasluz cualquier rumor que  
[avanza]  
Es alegre ó es triste, según la hora;  
Sonrie entre tus ojos la esperanza;  
Entre los míos el recuerdo llora.

La Paz, Bolivia, 1908.

ROSENDO VILLALOBOS.



## Poetas nuevos

### EN TU APOTEOSIS

---

*A Julio J. Casal.*

*Para AROLO.*

Los tiempos que se fueron borraron el Pasado...  
Sus letanías reza mi torva idiosincrasia;  
Estando ávido el cofre de epistolar audacia,  
Que el Olvido, la Muerte, y el Tiempo han maltratado.

El llavero enmohecido su misión ha olvidado...  
Los pergaminos... rotos frente á un jarrón de Asia,  
No guardan ni un recuerdo de muerta Aristocracia...  
Los tiempos que se fueron ya todo lo han borrado!...

Peregrino del alma á mi puerta golpeaste,  
Con un radioso gesto mi pena idealizaste  
Y á mi vejez le diste tu juventud de asceta.

Por eso yo quisiera lucir todas tus galas  
Y cantarte mis versos cuando pliegas las alas  
En tu extraña apoteosis de mago y de poeta!...

ESTHER R. PARODI URIARTE.

---

### PARA SIEMPRE

---

*Para APOLO.*

Supe de un alma enamorada y triste,  
no como tú, la desagradecida,  
la que nunca jamás, jamás quisiste  
seguirme por las ruinas de la vida.

Jamás por las Pompeyas que sabemos  
un sorbo de amarguras me evitaste;  
y ahora que, tan poco nos queremos,  
mal te allegues á mí — si rehusaste

en los lapsos oscuros mi cariño,  
no es justo que hoy me deje como un niño  
ajar por tus sonrientes picardías.

Pasaste para mí, como una estrella.  
¡No gustarás mi paz ni mi querella  
en el rodar callado de mis días!

ENRIQUE CASARAVILLA.



## Bibliográficas

### Libros y folletos recibidos

VANIDAD DE VANIDADES. — por E. Gómez Carrillo. — El exquisito autor de *Grecia* tiene un don de fecundidad que maravilla. Ha publicado otro libro nuevo, que, como todos los de él, encanta y hace vivir una hora en gloriosa comunión con la Belleza. Este nuevo libro, con que nos obsequia gentilmente, comprende una serie de estudios sobre la vida bulliciosa y activa del Teatro Parisiense, con sus Actores, que son los únicos reyes poderosos de la Ciudad Luz, los reyes tiranos, ante los cuales los grandes poetas y los grandes autores tiemblan: nada de imposiciones para con ellos, nada de observaciones dentro del escenario: todo lo que en él vive, todo lo que en él se mueve, debe someterse á su soberana voluntad y á su capricho. Allí la Sarah, Réjanne, Antoine, de Max, Porel, la divina iniciada Anie Perrey y otros geniales actores y actrices, son los únicos capaces de *saber*, los únicos que ante sus grandezas y vanidades se rinde, con París entero, toda la gente de pluma, desde el académico y venerable autor, hasta el último gacettillero del *Petit Journal*. — Luego nos habla de los autores, que si bien palidecen y tiemblan ante un actor, se yerguen y amenazan, adoptando poses de matamoros, ante el crítico que ha tenido la osadía de desmenuzar su obra y señalar los defectos de que adolece. ¡Juzgar á un autor dramático! ¡Juzgar á un Capus, á un Danay, á un Lavédan! ¡Eso se deja para un cualquier Catulle Mendès, ó un Bourget, ó un France ó un Sully Prudhomme! — Y esto trae aparejado un mal que se acentúa. Un mal que redundará en perjuicio de la literatura francesa. Hoy día, entre el elemento joven intelectual, la ambición de ser autor dramático impera. Para ellos no se concibe que aun se lea á Verlaine, Baudelaire ó Maupassant. La visual está puesta en el Teatro. La única gloria es de ser dramaturgo. Escribir un melodrama ó una comedia: he ahí el camino para llegar al Prometeo...! Y en tanto, Mirbeau sonríe maliciosamente y Claretie refunfuña. Después, los críticos, que no teniendo suficiente valor para decir al público lo que á la sordina mascullarán, contra tal ó cual obra mala, se reducen á escribir, — nunca una crítica severa y

justa como supiera hacerla Gautier — sino una impresión, que resulta ser al último una crónica social. Prosigue Gómez Carrillo con *Variedades*, que resume una serie de páginas de psicología, exuberantes de color y de vida, y de deliciosa delicadeza de estilo, tal como *Las mujeres de Oriente y Claridades Venecianas*; terminando la obra con un estudio vastísimo sobre la última Conferencia de la Paz, celebrada en la Haya, donde hace lujo de sagaz observación y de finísima sutileza de ingenio, si bien á las veces deja entreasomar una sonrisa irónica y amarga que dice mucho de un escepticismo mal reprimido. En resumen, esta última obra del Joven Maestro, preciosa joya de altísimo mérito literario, viene á consolidar aún más su nombre ya consagrado en todos los cenáculos intelectuales de América, y es misión nuestra significar á todos los espíritus selectos que deben leer con interés este libro, donde encontrarán motivo de fructivo deleite y sensaciones exquisitas. Saludamos y agradecemos el envío al querido compañero. — Ovidio Fernández Ríos.

CANTO A LA SIRENETA, por Guzmán Pardini — Montevideo. — Agradecemos el galante envío de este libro que guarda delicadamente un poema, donde el autor con elegante estilo, ha volcado el anhelo de su numen vigoroso y fuerte y ha hecho lujo de bellísimas explosiones de su inspiración, derramando á puñados todo el oro de su imaginación portentosa. Canta en él al idolo de su amor, oficiando el rito de una sagrada liturgia en aras de una Diosa, cuya belleza olímpica fiera fuego para su alma y ceguez para sus ojos. Y en oblación le brinda, en la perla de luz de sus ensueños — entrelazados con su alma, todo el cantar de las aves, todo el azul de los cielos, todo el perfume de las flores y toda la maravilla de las estrellas que parpadan en una noche infinita...! Oh la gloria del Amor, bendita seas! En resumen, el valor de esta magnífica joya literaria no se discute. Baste decir que ha merecido el premio de honor en la celebración de unos juegos Florales para que la ponga en salvo de toda opinión vulgar. — Ovidio Fernández Ríos.

### Nuevos libros recibidos

Acusamos recibo y agradecemos el envío de los siguientes libros: ÚLTIMO AÑO PARLAMENTARIO, del Diputado doctor Alfredo L. Palacios — Buenos Aires. — LEY DEL TRABAJO DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS — SE DEBE VOTAR POR LOS CANDIDATOS SOCIALITAS Y EL VOTO Y LA ACCIÓN POLÍTICA, por Antonio de

Tomaso — Buenos Aires. — FEMINISMO — RELAPSOS — Y LA BIBLIA Á LA LUZ DE LA HISTORIA Y DE LA CIENCIA, por Luis Bonaparte — Santa Fe — R. A. — REFLEXIONES Y LAS DOS TENDENCIAS, por el doctor Raúl Villarcel — Santa Fe — R. A.

### NOTA

En nuestro próximo número nos ocuparemos de infinidad de libros recibidos en estos últimos meses. No

lo hemos hecho hasta ahora — y pedimos disculpa á los autores — por falta de espacio.



# Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



*En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.*

*Atiende pedidos de la campaña.*

*Consulte usted los precios que van al pie.*

*La casa no tiene competencia.*

*Se garanten los trabajos de la casa*

## — PRECIOS —

Traje de saco . . . . .	de \$ 10.00	á \$ 22.00	
Jacquet . . . . .	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda
Smoking . . . . .	» » 18.00	» » 28.00	» » »
Levita . . . . .	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Frac . . . . .	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Sobretodos . . . . .	» » 12.00	» » 22.00	» » »
Pantalones . . . . .	» » 2.00	» » 7.00	
Chalecos fantasía . . . . .	» » 1.00	» » 5.00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

**CALLE SARANDI, 226 Y 228**

Al costado de la Metropolitana

## OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

*Ovidio Fernández Ríos*

**Por los Jardines del Alma**  
(*Poesías*)

0.50 el ejemplar

*J. J. Illa Moreno*

**Rubies y Amatistas**  
(*Poesías*)

0.70 el ejemplar

*Pérez y Curis*

**Rosa ígnea**  
(*Cuentos*) 2.<sup>a</sup> edición

0.25 el ejemplar

*María Morrison de Parker*

**El Padrino de Cecilia**

0.40 el ejemplar

*Santos García Mallarini*

**Apóstoles Rebeldes**

0.30 el ejemplar

*Guía*

**Qvo Vadis?**

0.10 el ejemplar

*Guzmán Papini*

**Canto á la Sireneta**

0.20 el ejemplar

*Delmira Agustini*

**El Libro Blanco**  
(*Poesías*)

0.50 el ejemplar

*M. Medina Betancort*

**Cuentos al Corazón**

0.40 el ejemplar

*Pérez y Curis*

**Heliotropos**

0.50 el ejemplar

*Andrés T. Gomensoro*

**Rumbo al Sol**

0.40 el ejemplar

*Ismael Cortinas*

**El Credo**

0.25 el ejemplar

**PÉREZ Y CURIS**

**Alma de Idilio y Rimas Sentimentales**

**Edición de lujo : 0.50 el ejemplar**